

durante los cuales una sola hora decide la victoria, Cadí-Bajá contramarchó y dirigióse andando día y noche sobre Selivria ó Selymbria, única ciudad fuerte que quedaba accesible. También tropezó con ocho mil rebeldes, en Tchorli, ciudad situada entre Búrgas y Selivria. Tres días consecutivos empleó en asaltarla de todas maneras, mas nada alcanzó perdiendo un tiempo precioso y el moral de las tropas.

Por fin, llegó á Selivria por otro camino y acampó su ejército fuera de la ciudad esperando los refuerzos prometidos de Constantinopla, mas pasaron vanamente quince días. Un asesino, fanatizado por la rebelion, penetró una noche en su tienda y luchó con él en las tinieblas, mas el intrépido Cadí-Bajá le tiene muerto á sus piés. Sus tropas cansadas de aquella inaccion, desalentadas por sus reveses, corrompidas por sus relaciones con una ciudad populosa, apenas contenida en el deber por la flota cuyos cañones amenazaban sus fortificaciones, se usaban y diezaban en el reposo. Cadí-Bajá era fiel y valiente esclavo de su soberano, pero faltó en aquella campaña de los dos genios de la revolucion: la prontitud y decision. A medida que la tormenta se apartaba de él, se acercaba al serrallo.

LIBRO TRIGÉSIMO QUINTO.

I

Todo fermentaba en Constantinopla; la noticia de la mas pequeña victoria de Cadí-Bajá hubiera intimidado probablemente la capital; sus tentativas y reveses alentaban la sedicion. Poco á poco estallaron todos los síntomas precursores de las revoluciones de Oriente: los incendios, las reuniones en los cafés, las censuras de los fanáticos en las mezquitas, las imprecaciones contra los ministros, las acusaciones de

impiedad contra el sultan, las quejas, las exigencias y los coloquios de los genízaros. Alarmado Vely-Zadé por aquellos síntomas y teniendo como muftí, en la punta de su pluma, la legalidad ó condenacion de aquella revuelta, ofrecióse, por el bien de Selim III, como mediador entre el serrallo y las ortas, y decidió al sultan á sacrificar sus ministros á la indignacion pública contra las innovaciones que habian estos secundado por complacerle, aconsejándole que los desterrase de su capital por lo ménos momentáneamente. Conociendo además que su público furor por las novedades tenia resentido al pueblo y no queriendo que su propia impopularidad alcanzase á su soberano y amigo, hizose además desterrar á Brusa. El aga de los genízaros recibió el nombramiento de gran visir y fué la prenda de paz.

Estas concesiones hechas á tiempo devolvieron la tranquilidad á la Rumelia y su fisonomía á Constantinopla. No parece sino que los pueblos facilitan á sus soberanos una prudente retirada como para decidirlos á cederles mas. Libre Cadí-Bajá de las insurrecciones por las cuales se habia dejado casi sitiado en su campamento de Selivria, volvió sin el menor tropiezo á Asia pasando por la capital. Los dos regimientos de tropas regulares, cuyas guarniciones eran Scutari y Constantinopla, volvieron sin ser insulta-

dos á sus cuarteles y todo al parecer se habia calmado ó dormia.

II

Entónces fué cuando Napoleon, envió á su compatriota, el jóven general Sebastiani á Constantinopla. El objeto de su mision era decidir á Selim III á contraer una alianza franca y enérgica con Francia, ayudarle á trasformar sus ejércitos irregulares é indisciplinados en ejércitos calcados sobre el sistema militar de Europa, reconstruir y armar una flota capaz de cerrar el Danubio á los ingleses, el Bósforo á los rusos, en fin, libertarle de la presion que ejercian en su decadente imperio los gabinetes de Lóndres y de San Petersburgo, para que una vez regenerado pudiera lanzar de nuevo á la Moldavia y Besarabia ejércitos auxiliares del ejército francés sobre los confines de la nacion rusa.

No podia haberse elejido mejor embajador para aquella negociacion. Sebastiani, favorito de Napoleon, jóven, arrogante mozo, ambicioso y valiente, tan buen soldado como negociador, reuniendo el

espíritu aventurero de la Córcega con la gracia de los franceses y la finura italiana del diplomático, era tan á propósito para sondar como para seducir al sultan y en caso necesario podia dirigir sus planes militares. Una legacion escogida y compuesta de hombres familiarizados en los negocios, y de bastantes oficiales distinguidos de ingenieros, elegidos en el ejército francés, de Zara acompañaban ó precedían á Sebastiani á Constantinopla.

III

La presentacion del embajador francés á Selim III alarmó, por su pompa y solemnidad á los ingleses y rusos, que no podian ménos de considerar con disgusto los síntomas de crédito que el embajador de Napoleon obtenia del sultan, cuya neutralidad forzada vigilaban con tanto temor como constancia. El relato de aquella primera entrevista entre Selim y el general francés, por el baron Prevost, historiador ocular y actor confidencial en la negociacion que describe, hace revivir con sobrados vivos colores los recuerdos de aquella importante negociacion para sustituirle documentos ménos directos.

« El 14 de octubre de 1807, » dicen estas notas á la vez tan históricas y tan personales, « el embajador que jamás vive en Constantinopla mas que en el barrio de Pera, separado por el *Cuerno de Oro* de la ciudad turca, salió del palacio de Francia á las cinco de la mañana, es decir ántes de rayar el día en aquella estacion del año. Acompañábanle todos los miembros de su legacion, y los principales comerciantes franceses, italianos y holandeses, marchando en dos hileras y llevando hachones encendidos. Llegado á Tofana, se embarcó en el caique de siete pares de remos del tchaousch-baschi (jefe de ceremonias) con el consejero de embajada, el primer secretario y el primer drogman, colocándose su acompañamiento en numerosos barcos engalanados y enviados por orden de la Puerta. Todos atravesaron el puerto, que encierra un número considerable de embarcaciones, desde los navíos de guerra hasta las mas pequeñas barcas, y desembarcaron en Bagtché-Capoussi (la Puerta de los Jardines). El embajador se reposó algunos instantes en el kiosko del tchaousch-baschi, que hizo perfectamente los honores, ofreciendo segun costumbre, café, pipas y sorbetes, despues de lo cual volvió á seguir la comitiva su marcha en el orden siguiente :

« Los genízaros de la orta del embajador (regimien-

to que le da la guardia de honor) marchaban en dos hileras; doce caballos de mano llevados por doce tehocadars (criados de palacio); veinticuatro lacayos á pié, con librea del embajador; el colegio de los jóvenes de lengua y sus profesores; los ocho drogmanes de Francia; los cónsules extranjeros que se hallaban en Constantinopla; el canciller de embajada que desempeñaba las funciones civiles; el tehausch-baschi, que hacia las funciones de gran mariscal de la corte; el mihmandar, oficial del sultan que habia ido hasta la frontera para recibir al embajador, hacerle los honores y dirigir su viaje hasta su presentación; el coronel de la orta que estaba de servicio en el palacio de Francia; el primer secretario de embajada, llevando en sus manos elevadas las cartas de crédito del embajador, dentro de un bolsillo de paño de oro; el embajador, el consejero de embajada á su derecha, el primer drogman á su izquierda; los ayudantes de campo del general Sebastiani; el encargado de negocios de Holanda; los cancilleres de las legaciones napolitana, toscana é italiana, y en general, los comerciantes y personas principales de la nacion francesa; el capellan de la embajada; los superiores de las iglesias católicas de Pera y de Galata; en fin muchos viajeros franceses y otras personas distinguidas de las naciones amigas de Francia.

Entre los primeros se hallaban el senador conde de Pontecoulant y su comitiva, así como el marqués de Almenara, ministro de España, y su legacion, que aun no habian sido presentados al gran-señor. Unas trescientas ó cuatrocientas personas, todas á caballo.

« Detúvose muy pronto la comitiva á las puertas del serrallo, para dejar pasar á la primera dignidad del imperio, cuyo poder, responsabilidad, y, digámoslo tambien, fragilidad, eran inmensos, en suma, el gran visir. Este personaje recibia los mismos homenajes del pueblo que su soberano; disponia de la autoridad civil y militar y cuando el sultan estaba fuera era un verdadero sultan.

« El kiaya-beg (ministro del interior), el reis-efendi (ministro de negocios extranjeros), el defterdar (gran tesorero), que dependia unicamente del gran visir, y una multitud de empleados de palacio le acompañan siempre. Segun etiqueta constante, este alto personaje hace esperar á los agentes extranjeros, cualquiera que sea la elevacion de su dignidad, pero esta vez, por deferencia al emperador de los Franceses, se habia convenido que se abstendria de aquel humillante privilegio. En guardia sin embargo el embajador contra los subterfugios del orgullo musulman, sacó su reló en cuanto se detuvo y mandó á decir que esperaria tres minutos, pero que luego se

retiraria. Al instante se presentó el gran visir y se dirigió hácia las habitaciones del gran-señor, acompañándole el embajador y su comitiva hasta el segundo patio del serrallo donde todos echaron pié á tierra.

« En aquel patio interior á la vez irregular é inmenso, rodeado de lindísimos edificios, con doradas cúpulas y de algunos magníficos árboles, estaba formado un numeroso cuerpo de genizaros de gran gala; habian elegido la época en que reciben su sueldo para dar mas alta idea del poder del sultan, el cual los mantiene y les hace el día de paga una distribucion extraordinaria de víveres. Con este fin estaban en una larga y bellisima calle de altos cipreses colocadas encima de hermosas esteras, grandes fuentes de pilau (arroz cocido con agua) de cordero asado, de pan, frutas y sorbetes. A una señal convenida, los genizaros se sentaron en el suelo para tomar su desayuno.

« Poco despues llegó el embajador á la Cúpula (coubbé) donde fué recibido por el gran visir. La Cúpula es un vasto salon adornado con lujo, que recibe la luz de arriba por ventanas de arquitectura moresca. Aquí comienza una ficcion de costumbres enteramente locales, inventada por la hospitalidad oriental, y que no puede ménos de ser interesante

por el contraste que hace con las costumbres de Europa. No es la visita ordinaria de un embajador á un primer ministro como se practica en las demás córtes. El enviado aparece llegar al instante y sorprender á su alteza en la persona de su visir, entregado á los mas caros intereses de sus pueblos, oyendo sus diferencias y haciéndoles justicia. Desempeñando tan augustas funciones y revestido del carácter de juez supremo es como el soberano establece sus primeras relaciones con el extranjero. Va á comenzar un consejo de justicia en forma y tenemos que asistir á toda la escena entera.

« Cerca del gran visir están sentados los dos cadiaskers (grandes jueces) de Anatolia y Rumelia, representando la magistratura de las provincias de Asia y Europa; los tres defterdars (tesoreros del imperio) se hallan cocados á izquierda del gran visir; á su derecha está el nischandjé, que pone el sello (thongra) monograma del gran-señor, funcion importante porque confiere el derecho de representacion. Cerca de este funcionario fué donde tomó asiento el embajador al mismo tiempo que el gran visir.

« Preséntase una multitud de olemas (jueces) y se instruye al instante una causa. El visir preside los debates, pronuncia el fallo y le completa haciendo

que el nischandjé ponga el sello del sultan. Durante la audiencia, el reis-effendi trae al visir la carta anunciando la llegada del embajador. Para comprobar su autenticidad, el visir pone en ella el sello del imperio y la devuelve al reis-effendi, el cual la lleva á su alteza. A los pocos momentos vuelve el ministro con la respuesta del sultan al gran visir, que va á recibirla á la puerta exterior de la Cúpula, y ántes de leerla besa respetuosamente la firma de su soberano. Ordénale aquella carta recibir al embajador con marcada distincion, mas la caridad ó tal vez la vanidad musulmana supone que el extranjero tiene hambre y sed, y que llega desnudo, y por lo tanto prepárase á satisfacer todas estas necesidades.

« Cuatro mesas están preparadas en la sala de audiencia y veinticinco ó treinta platos, llevados por otros tantos tchocadars, son servidos uno despues de otro pasando con tan sorprendente rapidéz que apenas permite tocarlos. Cada convidado, sentado en un almohadon que está por tierra, acércase á una mesa redonda de metal, de un pié de alto; la misma servilleta, larga y estrecha, colocada en las piernas, sirve para todos los convidados, los cuales comen en la fuente comun con los dedos, puesto que ninguno tiene tenedores, cucharas ni platos. Por toda bebida hay sorbetes muy aromatizados de ámbar.

« En la primera mesa, preparada en la parte alta de la sala y completamente separada de las demás, estaban el gran visir y el embajador solos. Hallábase de pié y cerca de ellos el drogman, el cual servia de intérprete.

« En la segunda mesa, preparada á mucha distancia de la primera, estaban sentados los dos cadiskers.

« A las otras dos mesas, mucho mayores, se sentaron el nichandji y las demas personas de la embajada.

« Despues de la comida, que apenas duró media hora, trajeron cofainas, agua y esencias para lavarse, segun costumbre, la barba y manos, y en cuanto se levantó el embajador fué conducido al patio que precede la Cúpula, y revestido de una soberbia pelliza de marta cibelina cubierta de paño de oro; distribuyéronse otras diez pellizas á los principales personajes de la embajada, segun su importancia, y otras diez á los oficiales de segundo orden; en fin diéronse kerekets, vestidos de lana, á los jóvenes de lengua, religiosos, misioneros y á los principales comerciantes, con cuyas distribuciones quedaron consumados los deberes de la hospitalidad respecto de los extranjeros.

« Habiéndose escogido diez y ocho personas de la

comitiva del embajador, que, con este y revestidos todos de sus pellizas, debian ser presentados á su Alteza, atravesaron la sala que precede á la del trono, en medio de triples filas de eunucos blancos con largos vestidos de paño de oro. El embajador conservó su espada, aunque sea costumbre no estar jamás armado en presencia del sultan. Este punto de etiqueta, que se habia negado otras veces, no ofreció la menor dificultad. Respecto á las demás personas, si bien conservaron sus armas tuvieron sujetos los brazos, durante la presentacion, por dos capidji-bachis, uno á derecha, otro á izquierda. Confiáanse á estos funcionarios particularmente las comisiones secretas ó de confianza, como las deposiciones de bajás ó otras, que pueden merecer la muerte. Así pues entraron las personas de la embajada, con la cabeza cubierta, lo cual no es en Levante ni una incivilidad, ni un privilegio, pues siendo el turbante el complemento de su traje, sería indecente no llevarle, como entre nosotros no llevar frac. Por eso y por analogía permiten los musulmanes á los europeos tener puesto el sombrero, como si fuera un turbante.

« La sala del trono es reducida y tiene poca luz; es un cuadrilongo con entrada en el extremo derecho de uno de los lados, en el mas ancho, de modo, que la mayor extension de la pieza está entrando á la iz-

quierda. Allí precisamente se colocan los grandes personajes del imperio y los altos empleados de la córte. Frente á frente de la asamblea, mas de perfil solamente hácia el embajador y su comitiva, estaba sentado el sultan á la europea en un sofá, colocado en una especie de bajísima grada ó mas bien escalon. El sofá era de paño de oro con ramages de plata y encima habia un dosel guarnecido con unas especies de bellotas de oro y franjas de perlas, sostenido por cuatro columnitas altas y finas, adornadas de arabescos realzados con piedras preciosas de variados colores. Encima de un almohadon estaba el sable del sultan, y de pié, delante de él, el gran visir.

« Al llegar á la mitad de la sala inclinóse la comitiva de una manera marcada para saludarle, renovándose el mismo testimonio de respeto algunos pasos despues, á lo cual sucedió un gran silencio. Adelantándose entónces el embajador solo hasta la grada del trono, y despues de haberse inclinado otra vez con respeto, pronunció el discurso siguiente :

« Señor :

« No puedo interpretar mejor los sentimientos de
« su majestad Napoleon el Grande hácia la augusta
« persona de vuestra majestad, que recordando las
« palabras que dirigió al embajador Muhib-Effendi :
« soy amigo de los amigos del sultan Selim III y seré

« enemigo de sus enemigos. Habiendo merecido la
 « honra de representarle cerca de un príncipe á quien
 « ama y que por sus altas virtudes ha conquistado
 « el aprecio y la admiracion de las naciones extran-
 « jeras y la bendicion de sus pueblos , emplearé to-
 « das las facultades de mi alma para consolidar y au-
 « mentar la antigua amistad que une el imperio fran-
 « cés y el imperio otomano.

« Ruego á vuestra majestad que se sirva aceptar
 « el homenaje de mi respeto. »

Este discurso fué traducido inmediatamente en len-
 gua turca por el drogman de la Puerta que, segun la
 etiqueta, pronúnciale delante del gran-señor con voz
 temblorosa y baja , para manifestar hasta en las me-
 nores circunstancias, el respeto que experimenta. El
 sultan ordenó al gran visir que trasmitiese su res-
 puesta al embajador, la cual decia: « Que estaba
 « muy reconocido á los sentimientos de Napoleon el
 « Grande y que deseaba mucho estrechar lazos de
 « amistad tan favorables á la prosperidad de ambos
 « imperios. » Estas palabras fueron traducidas al
 francés y dirigidas por el drogman de la Puerta al
 embajador , despues de lo cual retírase este salu-
 dando al gran-señor, que sonriéndose é inclinando
 graciosamente la cabeza varias veces le probó la sa-
 tisfaccion que tenia de conocerle.

« Los capidji-baschis acompañaron fuera de la
 sala del trono á las personas que habian introducido
 en ella, y no soltaron sus brazos hasta que perdieron
 de vista al soberano. Entre ellas estaba madama Se-
 bastiani, vestida de hombre y con el mas riguroso
 incógnito ; solo así podia asistir á la presentacion de
 su esposo, ceremonia de la cual eran excluidas las
 mujeres. Hemos dicho que la sala del trono era re-
 ducida aunque elevada, estando adornada al gusto
 moresco ; recibe la luz de la pieza que precede y de
 la única ventana que hay en el ángulo donde está sen-
 tado el sultan, de modo que solo llega al lado de la
 cara que no puede verse, dejando al lado que está há-
 cia los espectadores extranjeros en una completa os-
 curidad ; esta disposicion, muy calculada, no es cul-
 pa del arquitecto. Cuando el sultan consiente que le
 vean los infieles, coloca con todo intento entre ellos
 y él, el velo de la noche para atenuar la facultad de
 juzgarle como hombre. Tan poca claridad da á aque-
 lla ceremonia un carácter á la vez solemne y miste-
 rioso, que impresiona la imaginacion y no deja de te-
 ner majestad.

« De vuelta en el segundo patio del serrallo, Ba-
 bis-Seadet, ó Puerta de la Felicidad (los extranjeros
 no penetran nunca mas allá) se vuelve á pasar por la
 Cúpula, donde el gran visir distribuye la justicia. Co-

nocida es la inmensa autoridad de este primer dignatario del Estado, depositario del poder soberano, á su voz tiembla el imperio, mas si llega á abusar de tanta confianza en su tribunal, paga con su cabeza un inicuo fallo. El soberano le escucha á menudo; encima de su asiento y oculto por una tupida reja de oro, hay una ventana, símbolo de una luz superior á la suya, y por ella puede el sultan asistir á las audiencias sin que pueda advertirse su presencia.

« En el patio de la Cúpula y delante del palacio hay un pórtico cuya magnificencia llama mucho la atención; seis inmensas columnas de mármol blanco sostienen un anchísimo techo con bases, capiteles, frisas y sus apoyos esculpidos, dorados y pintados de brillantes colores; es el suntuoso peristilo de un edificio adornado de arcos morecos con estrechas bases, cuyas curvas de mármol, esculpidas en sus ángulos, suben ensanchándose poco á poco para reunirse después poco á poco en lo alto. Inmediato á él nos hicieron notar una gran masa de mármol tan hueca por dentro que parecía un mortero, refiriéndonos lo siguiente: La ley prohíbe decapitar ó ahorcar al muftí, primer ministro de la religion, mas habiendo insubordinado extraordinariamente esta inviolabilidad á dicho intérprete de la ley y al cuerpo de los ulemas, imaginaron machacar á los culpables, creyendo de

este modo respetar la ley establecida. La barbarie de tal costumbre, y especialmente el crédito de algunos muftís, la hicieron caer en desuso y los morteros fueron enterados. Tomando un muftí, algunos años después, un ascendiente alarmante para la autoridad, uno de los últimos sultanes hizo desenterrar aquel mortero con lo cual cesó toda oposicion.

« Volvimos por Babis-Seadet y por la famosa puerta de Bab-Humaioun (ó sea la Sublime Puerta) nombre que la lengua diplomática da al gobierno otomano, y donde acostumbran á exponer las cabezas de los rebeldes, en verdaderos nichos. Entónces no habia ninguna, lo cual revelaba la debilidad del gobierno, puesto que el imperio era víctima de infinitas disensiones. Saliendo de aquel inmenso patio salimos tambien del recinto del serrallo cuyos elevados y almenados muros eran próximamente los límites del antiguo Bizancio. »

IV

Representaba en aquella época Rusia en Constantinopla uno de esos diplomáticos innatos que á ejem.

plo del imperio otomano, elije aquella entre raza griega, raza de predileccion entre las familias humanas del Oriente, y cuya viva penetracion, flexible y gracioso carácter é insinuacion muchas veces infiel de lenguaje, domina en todas partes los negocios diplomáticos. M. d'Italinski tenia las cualidades sin los vicios de la familia helénica; nacido en Kiel y vasallo ruso, servia allá por la causa de su país y la causa de sus antepasados. ¡Quién no recuerda aquel anciano venerable y cosmopolita que representó Rusia algunos años despues en la capital del catolicismo, consagrando sus estudiosos años de vejez á recojer, cual piadoso patriarca, los vestigios de los monumentos del arte ateniense!

Un ministro leal, pero disgustado por las intrigas griegas que asediaban el Divan, M. Arbutnot, representaba Inglaterra. Absorvido por el dolor que le causaba la reciente pérdida de una esposa bella y adorada, dejaba flotar negligentemente la diplomacia de su córte en Constantinopla. Fué tanta su incomodidad por la acogida hecha al embajador de Napoleon, que le decidió á embarcarse en una fragata inglesa para ir á Tenedos, y unirse á la flota del almirante Dukworth, que guardaba las embocaduras de los Dardanelos.

El sultan, abiertamente inclinado hácia Francia

desde sus entrevistas con Sebastiani, habiendo sabido que el príncipe griego Ipsilanti, intérprete de la Puerta, sostenia continúa correspondencia con su hijo, hospodar de Valaquia, partidario de los rusos, á la primera queja del embajador de Francia, mandó cortar la cabeza al padre y dejó sin destino al hijo. Vanamente hicieron pasar al anciano Ipsilanti por varios suplicios para que declarase la importancia de sus riquezas; espiró sin haberlas revelado. Su deliciosa casa de campo de Therapia, á orillas del Bósforo, confiscada por la Puerta, pasó á ser el palacio de verano de los embajadores de Francia, heredera involuntaria de la sangre de un infiel servidor del divan.

Mas Sebastiani protegió á Ipsilanti contra la venganza del sultan, el cual queria encerrarle en las Siete-Torres.

V

Tales eran las disposiciones de Selim III cuando el 20 de febrero de 1807, catorce velas inglesas, mandadas por el almirante Dukworth, pasaron impunemente

los Dardanelos, como había hecho algunos años ántes el almirante Elphinston, y bogaron hácia Constantinopla, llevando al embajador Arbuthnot y las exigencias de Inglaterra en la boca de sus cañones.

VI

Era la primera vez que se forzaban los Dardanelos; el enemigo estaba dentro del imperio, los morteros y cañones de la flota inglesa podían vomitar instantáneamente granadas y balas rasas en el palacio del sultan, todo esto aterró y abatió al serrallo de tal manera, que el divan perdió toda su energía y dignidad en medio de los angustiosos clamores de los eunucos, niños y mujeres.

Selim mandó uno de sus favoritos, Ismael-Beg, al general Sebastiani para decirle que cedía á la necesidad y suplicarle que partiese. Las maneras y lenguaje de Ismael-Beg, unidas á su frialdad y amenazas personales, complicaban el mensaje doloroso del sultan. Sebastiani respondió como un hombre seguro de sí mismo y de la venganza que un gran pueblo reserva á los ultrajes á su carácter :

« Estoy aquí bajo la garantía del derecho de gentes, » respondió á Ismael : « la presencia de una flota enemiga de mi país no cambia en nada mi misión, mi carácter de embajador de mi gobierno. « Estoy en los dominios del sultan y su honor respóndeme de mí; solo por orden suya saldré de este palacio, y esa orden será la declaración de guerra á Francia. »

Sorprendido Ismael comunicó á su soberano esta contestacion, que colocaba al sultan entre un acto de heroísmo ó un acto de cobardía. Selim era tan valiente personalmente como pusilánime é irresoluto se había mostrado momentos ántes como jefe; quizá celebró, al oír la repuesta de su confidente Ismael, verse obligado, por la energía de Sebastiani, á manifestar toda la suya.

Además el pueblo y las tropas estaban animosos; los terrores del serrallo, la timidez de los ministros, las irresoluciones del sultan, no alcanzaban al fondo de la nacion. El peligro supremo hallaba á los otomanos dignos de su antigua nombradía; el grito de guerra salía de todos los labios. Los artilleros y genízaros corrían sin orden superior á las puertas y á las armas; los ancianos y niños ofrecían sus brazos para los trabajos de terraplen y defensa; las mujeres escitaban á los hombres de todas profesiones y eda-

des á vengar el insulto que los ingleses hacian á su capital, ó á morir por su patria y religion. El valor penetró por fin del exterior en el interior del serrallo y reunidos de nuevo los ministros en presencia de Selim decidieron pelear ántes que humillar el imperio delante de los navíos ingleses. Felicitándoles Selim III por su resolucion, mandó salir las mujeres del serrallo nuevo para llevarlas al antiguo, situado en el centro de Stamboul y al abrigo del fuego, armóse, montó á caballo, abrió sus jardines para que sus artilleros, dirigidos por Sebastiani y los oficiales franceses. estableciesen las baterías, y mezclándose con su pueblo, animado de la misma indignacion, y abochornándose por los momentos de pusilanimidad que su capital ignoraba, mostróse á la vez sultan, general, soldado, reconquistando con el entusiasmo de un sentimiento comun el respeto de los genizaros, el amor de la nacion. Recibió en audiencia pública al general Sebastiani, que fué á ofrecerle su brazo y el de algunos centenares de franceses que se habian armado para defender como voluntarios su persona, su capital y su independenciam, y contestándole como hijo de Bajazet, sembró el oro á manos llenas en el pueblo, en el ejército, en la plaza, para dar á la defensa la energía y rapidéz de un esfuerzo supremo del pueblo y del soberano. En algunas ho-

ras estaba al abrigo de un insulto y numerosas bocas de fuego, servidas por toda una poblacion, protegieron las costas de Europa y Asia y la punta del serrallo.

VII

Los documentos íntimos que acaban de comunicarnos atribuyen á la resolucion del embajador de Francia un móvil secreto que debemos reproducir.

Citamos testualmente el documento confidencial del testigo de aquella grande crisis de Constantinopla á la llegada de la flota inglesa, y del embajador de Francia en presencia del sultan.

«Treinta años hace que reina el mayor silencio sin ser interrumpido por ningun documento histórico, dice el secretario del embajador, M. Prevost; y este silencio es casi un olvido, á tal punto se disipan, al apartarse de nosotros, las tradiciones mas conocidas; consignamos pues los por menores siguientes tanto para instruir á la generacion actual, como para rendir homenaje á la verdad. El honor y buen acierto de la conducta de Francia en aquella crisis de